



## Semblanza de Gabriel Rodríguez

**Rodrigo Salgado**

Museo de Arte de Baja California Sur

(LA PAZ, 1991). La trayectoria de Gabriel Rodríguez se ha consolidado como una de las más singulares dentro del panorama sudcaliforniano contemporáneo. Como licenciado en Filosofía, su formación académica imprime en su obra un carácter reflexivo donde la materia, el tiempo y la memoria dialogan de manera persistente. Su práctica artística se mueve con soltura entre la pintura, el objeto tridimensional, la instalación y el cine, configurando un lenguaje híbrido que responde a la fragmentación propia del arte contemporáneo.

El primer cuadro que vi de Gabriel Rodríguez, del Gabo, como se le conoce en el ámbito local, fue hace más de 15 años, y no recuerdo su edad, pero sé que no alcanzaba los dieciocho. En aquella primera obra ya estaba presente un estilo y una inquietud que lo acompaña hasta estos días. He sido testigo de su evolución, de sus procesos de indagación en otras disciplinas, así como del reconocimiento que ha recibido su obra: becas, premios y bienales, cortometrajes, teatro y otros proyectos literarios. Su trabajo es constante, sólido.



A diferencia de generaciones anteriores que privilegiaron la representación del paisaje local, Gabriel desplaza la identidad sudcaliforniana hacia un plano conceptual, menos literal y más universal. Su mirada no recurre al exotismo de cactus y desiertos, sino a la experiencia existencial de lo efímero. Su obra encarna lo que Arthur Danto denominó el “fin del arte”: cuando ya no existen relatos totalizantes y lo importante es la idea que sostiene la obra.

Su producción también dialoga con lo que Fredric Jameson identifica como “nostalgia del presente” (sus títulos siempre son nostálgicos): fragmentos y ruinas que, lejos de buscar una narrativa épica, se presentan como restos significantes de una contemporaneidad dispersa. La sombra que proyecta una mesa, el trazo que se pierde en la tela, el objeto convertido en memoria material, son gestos que encarnan esta estética de lo residual.

La versatilidad de Gabo se expande al teatro y al cine, donde se reafirma su interés por el espacio, la luz y la temporalidad. Sus escenografías e iluminaciones teatrales refuerzan la centralidad de la sombra y la atmósfera, mientras que sus cortometrajes (*La casa de Cortez*, *No juegues en la tierra*) trasladan al lenguaje audiovisual su obsesión por la ruina, el mito y la historia local resignificada.

Gabriel se mueve entre la filosofía y el arte conceptual, entre lo material y lo inmaterial, entre lo local y lo global. Su discurso, anclado en la poética del residuo, ofrece un comentario sobre la memoria y la transformación que lo sitúa como una de las voces más consistentes y propositivas de la generación de artistas sudcalifornianos nacidos después de 1980. Su imaginario evoca espacios, paisajes abstractos, soles, horizontes, lugares que parecen radiografías de otra dimensión. Pocos personajes habitan estos paisajes, como podemos observar, en apenas dos obras realizadas en 2014, aparecen dos figuras femeninas. ¿Qué ocurría en 2014?

En obras como *Trazos perdidos* (2012) y *Objeto sin título 2* (2015), el artista explora la capacidad de los materiales para transformarse y adquirir nuevos significados. La madera de una mesa de estudio convertida en escultura, o el trazo convertido en ausencia, evidencian una poética de la huella: lo que queda, lo que resiste, lo que sobrevive como residuo. La obra no se agota en el objeto, sino que se proyecta hacia lo inmaterial —la sombra, la memoria, el gesto—, cuestionando los límites entre presencia y ausencia (un eco de Derrida, tal vez), forma y vacío, permanencia y caducidad. En piezas como estas, el artista afirma que “el residuo de la obra es la obra misma”. Este gesto lo sitúa en sintonía con la teoría de Arthur Danto sobre el “fin del arte”, donde el objeto deja de ser portador de valor estético en sí mismo para convertirse en un vehículo de ideas. La mesa de estudio transformada en escultura y la sombra que proyecta como nueva forma de significación ilustran esta condición: la obra ya no está en el objeto, sino en el acontecimiento.

Gabriel Rodríguez se inscribe en el giro posmoderno del arte sudcaliforniano, donde el interés por el paisaje y la mimesis cede terreno a la exploración concep-

tual. Formado en Filosofía en la UABCS, Gabriel articula un discurso que desplaza la identidad regional desde lo pictórico hacia lo reflexivo, abordando la materia y el residuo como metáforas de la memoria y el tiempo. Un tiempo o una memoria tal vez ficticios.

Este desplazamiento coincide con lo que la crítica ha identificado como el tránsito de la modernidad a la posmodernidad en Sudcalifornia. Mientras generaciones anteriores buscaban consolidar un estilo desde el paisaje, Rodríguez forma parte de una generación post MTV que se reconoce más próxima a la cultura global que a una tradición regional. Su producción, sin embargo, no rompe del todo con el contexto local: en la elección de materiales, en el interés por lo efímero y lo ruinoso, puede leerse una resonancia con la precariedad material del territorio y la memoria cultural de Baja California Sur.

En el marco de las bienales sudcalifornianas, su obra funciona como un contrapunto a la tradición figurativa. Donde otros ofrecían paisajes reconocibles, Rodríguez presenta artefactos conceptuales que obligan al espectador a repensar el sentido del arte y su relación con el tiempo y la memoria. Su propuesta encarna, por tanto, una identidad sudcaliforniana menos regionalista y más procesual, construida desde la poética de la huella: lo que queda después de la acción, lo que persiste como sombra.

Gabriel Rodríguez es una de las voces más representativas de la generación de artistas nacidos después de 1980 en Baja California Sur. Su obra no busca representar lo sudcaliforniano en clave folclórica, sino repensar desde la península las preguntas más universales del arte contemporáneo: ¿qué permanece?, ¿qué desaparece?, ¿dónde sucede realmente la obra?

